



EX LIBRIS

ELSA DRUCAROFF

# LA PATRIA DE LAS MUJERES

*Una historia de espías en la Salta de Güemes*





—¡El Señor castigará a los herejes, Gabriel Mamaní! ¡Tu alma turbia de mestizo impenitente se pudrirá en el Infierno! —dijo el Padre Hernando con cavernoso tono bíblico. Y le gritó unos cuantos insultos a él, a su madre, a las montañas en donde había crecido.

El cura quería otro San Francisco y Gabriel tenía que conseguir hacerlo. El Santo que había tallado y pintado no sufría lo suficiente, no se sentía, mirándolo, el dolor de las llagas de Cristo estigmatizando su carne. No había piedad allí porque con su alma de indio, Mamaní desconocía la piedad.

“Nada peor que un mestizo”, solía decir Fray Hernando, el párroco de la iglesia de San Francisco. Los indios podían rescatarse, sus almas eran turbias pero inocentes y, bien guiadas, podían ser conducidas a la salvación. Incluso los que habían entrado con el coronel Castro a la ciudad, esa chusma hereje de cuicos que dormían y llenaban de excrementos el patio del convento, no se iría todita al Infierno. Porque después de todo guerrearaba en el bando del Señor, y eso contaba. Ahora: los mestizos eran en su mayoría bastardos sin rescate, eran el producto de la lujuria, de la ignominiosa tentación diabólica. Un cristiano, un español, tal vez un hombre de pro, de esos que le susurraban a él, aterrados en el confesionario, sus caídas en el abismo, había sido arrastrado por una carne maldita, había sido obligado a la violencia y al pecado. El fruto es el mestizo, que ofende los ojos de Dios. Hasta los hijos de esta tierra, aun nacidos solamente de españoles, tienen algo mestizo. Para prueba, bastaba remitirse simplemente a lo que todos conocían: sublevaciones contra la Junta de Cádiz como la que en un mes de mayo, cuatro años atrás, en Buenos Aires, había inaugurado el caos en ese virreinato; guerra contra el poder real, blasfemias que terminaban cuestionando —el Padre Hernando no se engañaba al respecto— a la divina monarquía y a España. Era la fuerza demoníaca de una tierra mestiza y Gabriel Mamaní, mestizo auténtico, era una afren-



ta contra la creación. Pero hasta para él, el infinito amor del Señor podría hacer un lugar, aseguraba Fray Hernando, hasta Mamaní podría salvarse del dolor eterno si escuchaba al cura, si por fin lograba obedecerlo.

Casi siempre, Gabriel le creía y trataba de portarse bien. Él no quería morir y sufrir eternamente. Pero a veces se quedaba mirando desde el campanario la cadena de cerros verdes, castaños, los picos con nieve más lejanos, y no le creía ya más.

Ése era su problema, Gabriel lo sabía: las montañas lo hacían olvidar la Verdad. El aire de los cerros lo perdía.

—Tallé el Santo con la ventana abierta —se reprochó mientras se levantaba del catre.

Ya vería qué haría. “Quizás, si me atravesara la palma de la mano con un clavo podría redimirme y hacer las cosas bien.” La idea lo horrorizó. “Eso es de santo, no es para mí.” De pronto sintió otra vez la mano suave de uno de sus hermanos mayores, la mano delicada que le había tomado el brazo para examinar la lastimadura que lo hacía llorar. “No es nada”, decía la voz del hermano y él lloraba. “Vamos, si no es nada.”

Era su más antiguo recuerdo: una voz, una mano. Tendría dos años o incluso menos. No se acordaba con qué se había cortado sin querer, jugando entre las mujeres que cocinaban. Su madre lo habría curado después, como siempre.

Es que el dolor es así: no es bueno ni malo. Si ocurre, hay que tratar de curar. Eso había aprendido él allá en los cerros. ¿Qué podía hacer?

Cuando la niña Mariana Mercedes Guadalupe Molina Inhierza se despertó, abrió la ventana de su cuarto y miró el patio a través de las rejas. Como todas las mañanas, una vaga decepción la hizo dar la espalda y avanzar hacia el salón. Ahí estaba la ventana de verdad: bajo el sol del verano, los cerros verdes y luminosos dibujaban el horizonte.

Vivía en una de las pocas casas de altos de la ciudad de Salta; desde las ventanas se dominaba el mundo, que era grande y hermoso. Como siempre, Mariana pensó que esos cerros la estaban esperando. Aunque ella sabía que una niña no camina sola por las calles ni se va de la ciudad, y mucho menos si tiene quince años y son tiempos de tanto peligro, con Salta ocupada por las tropas del virrey Abascal y rodeada por las partidas guerrilleras de Güemes y Saravia. Sin embargo, de algún modo, alguna vez, Mariana acudiría a la cita.



Esa mañana de febrero, Gabriel Mamaní estaba trepado a una escalera, trabajando en la Virgen de un altar lateral, cuando vio entrar a la iglesia a Mariana Molina Inhierza seguida por una esclava negra. Gabriel estaba concentrado, con su pincel levantado, a punto de dibujar una sombra curva, casi imperceptible, en el breve músculo de uno de los brazos de madera que sostenían al Niño, cuando vio avanzar a la adolescente, sus rulos oscuros desordenados bajo la mantilla, sus ojos negros abiertos y vivos. Y fue tal vez por demasiado inquietos y curiosos que esos ojos se movieron como buscando algo por las paredes altas, blancas y desnudas, y de pronto encontraron las piernas macizas de Gabriel Mamaní, sus pantorrillas descubiertas, su pantalón tosco, y subieron por las caderas apretadas y estrechas, el pecho ancho, hasta llegar al rostro y a los ojos ya fijos en los suyos. Entonces los dos se quedaron quietos, atrapados, mirándose. El mestizo Mamaní imaginó todo el cuerpo de la niña solamente observando su cuello descubierto y sintió que la belleza había entrado a la casa de Dios.

Regresó conmovido al antebrazo de la Virgen que sostenía al Niño y con una delicadeza única hizo un casi imperceptible trazo más oscuro en la torneada madera.

—Es sublime —susurró Mariana, que vio de pronto cómo el abrazo de la Virgen se volvía sólido y potente. Una madre sosteniendo a un hijo, pensó. Brazos firmes que rodean y aguantan. Su madre nunca la había sostenido así.

Mariana volvió a mirar al muchacho y descubrió otra vez que él la estaba observando. Tendría dieciocho años. Ojos europeos, castaños. Bigote y barba apenas crecida con reflejos rubios, en un rostro mucho menos oscuro que el de casi todos por allí. Muy hermoso y muy diferente: quién era. Los malos pensamientos se agolpaban y la estremecían mientras no podía ni quería dejar de observar el retazo de piel que asomaba, velluda, bajo la camisa.

Pero el artesano no es un indio, no es un monje, no es un señor. ¿Quién es? “Alguien a quien Dios ama”, decidió Mariana. Y, sin proponérselo ni darse cuenta, le dedicó su más hermosa sonrisa.

Algunos días después, a la hora de la siesta, en la pequeña celda que le había dado el cura para que trabajara y durmiera, Gabriel continuaba viendo la imagen exacta de aquella



sonrisa mientras se aplicaba sobre el pedazo de madera donde trataba de convocar a San Francisco, una vez más. Los gruesos postigos estaban cerrados. Es verdad que esa ventana no mostraba cerros ni horizonte, sino el antes callado patio de piedra del convento, ahora transformado en pestilente cuartel para las tropas realistas del coronel Castro, la vanguardia del regimiento del general Juan Ramírez, apostado en Jujuy. Pero a Gabriel le bastaban el cielo, la luz rajante del día, el aire manso, para recuperar la tierra en donde había crecido. Ahora, con la ventana cerrada y la soldadesca silenciosa por la siesta, el ininterrumpido canto de las chicharras también lo perturbaba. No había caso: sólo cuando caminaba por las calles de la ciudad cobraba conciencia de que su mundo estaba lejos. “Soy un mestizo pecador, no sirvo para tallar santos.” Gabriel vio una vez más el brillo de la sonrisa de la niña y suspiró desalentado: nada sufriente, el brillo estaba ahora en los ojos de San Francisco, sobre la madera. Gabriel volvió a sentir cómo se esfumaba en el aire su posibilidad de salvarse del Infierno.

Mañana tras mañana, durante seis días de febrero de 1814, la niña caminó entre las tropas, atravesando junto a su esclava los pocos metros que separaban su casa de la iglesia de San Francisco. La guardia que custodiaba la entrada al convento no tuvo inconveniente en permitir avanzar por la cuadra a tan piadosa joven. Y en cuanto al tallista mestizo, aunque su trabajo con la Virgen estaba terminado, se las arregló para retocarlo una y otra vez. El Padre Hernando se preocupó: ese muchacho iba a acabar arruinando una obra tan bella. Decididamente, esa Virgen era una de sus mejores tallas. ¿Pero cómo le sugería que la diera por finalizada? La única vez que le había indicado que utilizara un color más claro para aligerar el peso de un manto, Mamaní le había contestado secamente: “No hable de lo que no sabe, padre”. Cuando Fray Hernando vio la obra lista calló todo elogio, pero pensó que ese muchacho había tenido completa razón. No podía creer, de todos modos, que un bastardo a su servicio se hubiera atrevido a hablarle así. Pero si entonces no le cruzó la cara de una bofetada fue porque ya sabía que nada se obtenía con pegarle a Gabriel Mamaní... Era demasiado talentoso, era el mejor. Con tal de que su Iglesia no se lo perdiera, el párroco podía hacer —con límites, desde luego— algunas excepciones.



Tal vez no había sido buena idea sacar a Gabriel del taller que, con autorización del abad, le había armado en la celda del convento. Desde que el patio se había convertido en cuartel, Fray Hernando hacía que colocara las tallas a medio hacer en los altares, para terminarlas allí. Tenía miedo de que los cuicos entraran a robar a su celda y se llevaran las obras para usarlas como leña. El convento casi no tenía monjes, no había ninguna posibilidad de controlar a los ocupantes.

Pero aunque temió que los retoques del artesano arruinaran una obra tan bella, lo dejó hacer porque no había otro remedio, pero además porque le tenía una extraña confianza en ese aspecto. Era difícil de entender: había que reconocer que, pese a lo execrable de su raza y su oscura impenetrabilidad, el muchacho tenía un don que sólo le podía haber dado Dios. ¿Cómo, si no, ser capaz de crear tanta belleza? El párroco entendía de arte; de muy joven, incluso ya en el convento, había intentado aprender a tallar y pintar santos, pero poco había conseguido: burlas del Maestro, algunas obras mediocres que habían alimentado el fuego antes de terminarse. “¿Cómo puede ser, Señor, que alguien que Te ama tanto y siente con tanta fuerza cuánto desea honrarte no pueda lograr una obra digna de Ti? ¿Y cómo puede ser que el mestizo Mamaní, en cambio, Te hable con sus manos?” Porque las manos de Mamaní le hablaban, no cabía duda, aunque su mente obtusa, burda e iletrada no lo comprendiera. Lo desconcertaba la facilidad con que esas manos glorificaban algunas verdades y la imposibilidad que demostraban ante otras, con diabólica indiferencia. La Virgen y el Niño, el pesebre que había tallado para Navidad, éstas habían sido sus mejores obras, entre muchas muy hermosas. Y pese a lo fácil que era tallar una sola figura humana, de pie, rezando y dedicando al cielo sus ardientes llagas, Mamaní no podía conseguir un San Francisco que no pareciera blasfemo. “Otro de los misterios del Señor”, resolvió una vez más el Padre Hernando, suspirando, mientras observaba cómo el mestizo, trepado a su escalera, retocaba por enésima vez el manto virginal.

Pero en el mismo instante en que el Padre Hernando apartaba sus ojos de Gabriel, habiendo resuelto, al menos por ese día, que no debía tratar de entender el misterio del mestizo porque era un asunto de Dios, los ojos del artesano se apartaban del manto y se dirigían a la puerta, sus manos quedaban quietas, el pincel esperaba en el aire, y en una



sincronía perfecta entraba a la iglesia la niña Mariana, la mirada directamente dirigida a la escalera de siempre. Y en la misma décima de segundo en que, como si alguien moviera los hilos, el cura se iba a la sacristía a pensar en otras cosas, Gabriel lo vio desaparecer y, llevado por un impulso desconocido, bajó la escalera. Era la mañana del séptimo día.

La niña vio el movimiento inesperado y se estremeció. Algo se quebraba en la escena que se venía repitiendo. Benita, su esclava negra, la vio sacudirse y pensó, no sin desprecio, que el frescor súbito del lugar afectaba a la niña con escalofríos (seguro que se enfermaría, era débil como todas las de su raza). A continuación la olvidó rápidamente, se arrojó en una banca, juntó las manos y cerró los ojos. Le gustaba ir a la iglesia con la amita Mariana: podía quedarse así, callada y dejando vagar sus pensamientos, comunicándose con los sutiles espíritus que la cuidaban desde el nacimiento y habían viajado con su madre, de la aldea en donde la habían apresado y luego ya sin ella, hasta esta lejana ciudad, los santos buenos a los que su mamá la había encomendado cuando nació, porque la habían acompañado en la bodega del barco negrero y la habían salvado de la peste. Ella hablaba con sus protectores mientras todos creían que rezaba al dios de la cruz, que sangraba tan pálido y enfermizo como todos los blancos. Ése era uno de los pocos momentos buenos en la vida: nadie la interrumpía para darle órdenes y podía divagar en paz con sus espíritus.

A Mariana también le gustaba ir a la iglesia con Benita: esa negra tan tonta, tan poco avispada, le era muy útil. La llevaba siempre consigo cuando iba a cumplir las misiones de espionaje que le encomendaba doña Loreto; era ideal para eso porque nunca se daba cuenta de nada. Y ahora, en la iglesia, tampoco. Lo único que hacía era rezar y rezar. Era muy devota, pobrecita. Eso estaba muy bien. Ella también rezaba, pero esas mañanas no podía concentrarse mucho. Ahí estaba ese joven... ¿Dios la perdonaría, entendería que mirarlo era, para ella, un modo de honrar Su obra? El artesano glorificaba a Dios con su Virgen y su Niño, no podía ser alguien malvado; entonces, ¿podía haber pecado en mirar a quien creaba tan cerca del Creador?

Pero esta mañana el artesano miró hacia la puerta de la sacristía y después, los ojos fijos en la niña, bajó de la escalera con la agilidad de un gato. Caminó hacia un altar de la nave lateral y se dio vuelta otra vez, hacia Mariana, antes de





desaparecer detrás del muro. Ella se quedó paralizada, el corazón le latía a toda velocidad. De pronto se dio cuenta de que estaba dirigiéndose hacia ese oratorio como si la llamaran. “Voy a rezar con él”, alcanzó a decirse vagamente mientras sus pies avanzaban, las manos se le humedecían, todo le temblaba.

En la penumbra del altar no alcanzó a ver demasiado, ni a arrodillarse. Unos brazos la tomaron por la cintura y antes de poder soltar el grito de susto que le nacía, una boca húmeda, abierta, ahogó su sobresalto, una lengua suave y caliente le entró dulcemente. Sin que Mariana entendiera demasiado, su boca respondió agradecida. La niña se abandonó a sensaciones tan nuevas, tan maravillosas, que todo pensamiento le resultó imposible.

Pero mientras la recorrían las manos de Gabriel, por debajo o por encima de la irresistible aunque mansa corriente en la que su cuerpo se dejaba llevar, con felicidad completa, por el cuerpo del otro, el pensamiento luchaba furiosamente por aparecer. Irrumpió, por fin, en su cabeza, y fue una prohibición feroz que la hizo soltarse, decir ¡no! sin embargo con prudencia, con una voz ahogada y ronca. El tallista se apartó y la miró con desazón: él no quería asustarla. Una vez más se observaron largamente. En ese instante, exactamente, Mariana Molina Inhierza descubrió que hasta ese momento no había sabido quién era, ni qué quería; buscó alguna verdad para aferrarse, quiso acudir a Dios y sintió la delicia que había estado en su cuerpo segundos antes. Aterrada, se preguntó si la habrían hechizado, si sería asunto del Demonio todo ese calor, toda esa urgencia. Pero el Demonio no entraba a la casa de Dios, y las manos del hombre que la había tocado eran las que habían tallado a la Madre del Niño.

Entonces, desesperada por la incomprensión, estalló en llanto y salió precipitadamente del oratorio.